



## AUGUSTO D'HALMAR

**E**l "Almirante" D'Halmar es una figura tan conocida, tan a veces pasos, que casi resulta imposible decir de ella cosa nueva. Pero es indispensable decir algo, que brotando de la retina y el corazón, siempre parecerá casi inédito.

Yo sabía de D'Halmar la leyenda que de él quedó en Eten, en donde fue Consul de Chile y escribió "Galita", una preciosa historia escapada a Pierre Loti. Los viejos pescadores etanos, que tienen una curiosa forma de hablar, convirtiendo la "o" en "e", recordaban al "gringo chileno" que se pasaba por la playa al atardecer, muy alto, muy erguido, muy buen moso y muy ensimismado. Hablaban de que no hacia otra cosa que leer y comer. Les preguntaba el secreto de los platos criollos. Tenía voz de barítono. Cuando se decía misa cantada, parecía que a veces sonara en el templo el melodioso y abarrotado acento del "extranjero". Le servía una criada indígena. Le gustaba conversar con los chiquillos. Su deleite mayor era ver acostarse al Sol.

Después llegó la leyenda del trotamundos. Libros con títulos de elegía. Retratos literarios de raros efebos, fieles y ardientes como los de "Las Mil y Una Noches". Tuvo en mis manos "La Sombra del Hume en el Espejo", "Nirvana", "Pasión y Muerte del Cura Deusto", "La Lámpara en el Molino"... Daban ganas de escribir libros para justificar tales títulos. Al cabo de casi treinta años, D'Halmar regresó a Chile, coronada de nieve su altísima cima; una nieve temblorosa como trigo encanecido. Conservaba la voz de barítono, la apostura imperial, la mirada indagadora, el perfil de medallón. Escritores, artistas, estudiantes, rindieron al recién venido numerosos homenajes. El gustaba de agradecerlos en largos discursos de variadas inflexiones oratorias, muy teatral el gesto. Predicaba más que decía. No me gustó cuando le oí.

ooooooooo

La vida nos puso a trabajar juntos por varios meses. El estaba corrigiendo las primeras ediciones de sus libros para la de "Obras Completas", que le había contratado Ercilla. Aí por debía concluir otros libros. Así iban saliendo "La Mancha de Don Quijote", "Capitanes sin Barco", "La Revolución Española y Yo". Teníamos escritorios vecinos. Cambábamos intermitentes diálogos. El llegaba muy entrada la mañana, cuando yo había terminado parte de mi labor. Indefectiblemente, al colgar el sombrero o la capa color guinda, empeñaba a contarme la comilonia de la noche anterior. "He comido anoche unos canapitos... Qué maravilla... Los sirvieron con una salsa de manequilla, perejil y..." a las cuatro horas de haber tomado el desayuno se me empeñaba a hacer la boca agua. Seguía la enumeración de los vinos. Yo no sé cómo se las ingenaba para descubrir las buenas bodegas privadas. Al principio creí que eran alardes de culinaria imaginación; pero una

noche nos invitó a comer Washington Espino, tan buen romancista como cineasta, y nos preparó él mismo un inolvidable caldillo de congro, según su propio estilo. D'Halmar devoró como un romano de la Decadencia. No perdonó plato ni copa. Sin embargo de lo cual, después, improvisaría una brillante charla sobre su vida en Francia. Al día siguiente llegó muy campante a pillar sus delicados parrafos; me saludó con un alegre: "¡Qué caldillo el de anoche, qué caldillo!". Y luego enhebró unos poemáticos recuerdos sobre el inefable Milosz.

ooooooooo

Mucho se ha hablado de la alegría de vivir que caracterizaba a Augusto Thomson D'Halmar, nieto de vikingos, fundador de la colonia tolistoyana, difusor de la novela citadina chilena con su "Juana Lucero" (1902). Se han mencionado a su historia fragmentos de leyenda. Se le reconocen caracteres singulares en su porte y conducta. Para mí, D'Halmar, tan actor, encerraba una profunda melancolía. Nunca se hizo al estatismo. Jamás se resignó a la vejez. Traspuerto el cabo de los cincuenta, empeñó a morirse de a poco. Quiso renombrarse, haciéndose revolucionario verbal. El sibarita peinaba cabellos de monárquica canicie y engolaba la voz con parlamentario acento de redutivo Castellar. Pero el torcedor hacia por dentro su trabajo. Caminaba a menudo solo por los portales de la Plaza de Armas santiaguina y en Valparaíso se perdía entre las callejuelas portuarias, flanqueando como una bandera su larga capa bohemia, con agarraderas de plata, cibériandos al pecho. Había en su estilo mucho de la decadencia miniaturista de Gabriel Miró; en su lentitud narrativa, mucho de la parsimonia de Azorín; en su hambre de lejanías, mucho del exotismo de Pierre Loti, a quien rindiera avaro culto; en su sed de extravagancia, mucho del misogenismo de Oscar Wilde y de la insatisfacción de Farré y Baudelaire. Y algo de Milosz. Y algo de Rilke. Y mucho, muchísimo más que todo, de D'Halmar. Porque este hombre de oratoria campañuda y conversión en Yo mayor, como si desconfiara de su supervivencia, era un estilita contumaz; si erraba... no fue jamás por falta de atención, sino porque equivocó de lleno el camino.

ooooooooo

D'Halmar abrió las puertas de la literatura marina y exótica. Con qué entusiasmo hablaban del "Almirante" ese brillante gabinete de escritores que son Juan Martín, Salvador Reyes, Luis Enrique Díaz y el fuerte y sobrio Hernán del Solar. Ningún escritor chileno tuvo séquito más fiel y calificado. Digase lo que se quiera de D'Halmar, el sólo hecho de haber inspirado la vocación y el fervor de esos cuatro corona una obra literaria. El Premio Nacional de Literatura fué una confirmación tardía, y nada más.

ooooooooo



La última vez que estuve con D'Halmar fué en mayo de 1949, ocho meses antes de su muerte. Le ofrecíamos una comida a don Federico de Onís, de paso por Chile. Mis vecinos de mesa fueron Manuel Maples Arce y Augusto d'Halmar. Este habló poco, contra su costumbre. De pronto le oí reírse asperamente a un camarero. Se trataba de la marca del vino. El no admitía beber lo que no fuera de su entero gusto, y como el moso le hiciera algún reparo, se violentó y empeñó a hacerse vociferante. Felizmente no trascendió el asunto. Pero me quedó la penosa impresión de que algo andaba mal en aquel organismo, ahora exacerbado.

Lo advertí, sin embargo, menos imbuído de sí mismo, menos yósta, menos Narciso, más dispuesto a escuchar. Al menos, los ojos profundos, desde su rostro rosáceo, escuchaban sedientamente toda novedad. Seguía fumando su pipa de marino. La capa colgaba de sus hombros. La suave y blanca cabellera se pliega como en trigo al menor soplo del viento. Yo debía partir dos días después a Centroamérica. El no tardaría en marchar hacia la Muerte.

ooooooooo

Andaba cerca de los setenta cuando ocurrió su deceso. Dos libros narban de sus gavetas: "Cristián y Yo" es uno de ellos. No innovaba en su modo de concebir y escribir. D'Halmar, que empeñó como naturalista, se afincó con la poesía, se volatilizó con los viajes a Oriente y trató de hallarse en la palabra, como instrumento y fin de su arte. Comenzó a servirse sólo de ellos, con portra heroica; y terminó sirviéndolos con inevitable obsecuencia. El paradojista del comienzo se convirtió en un retruquero constante. Así producía una literatura musical y vagarosa, de sueño y evasión, de sutiliza y meloquía, que, al cabo, hoy adquiere su verdadera dimensión, y como la sombra con el ser, se confunde con la personalidad física y psíquica de su creador. D'Halmar fué tal cual su obra. Nada hay en ésta de postizo, o todo lo fué en aquél.

Cuando transitó de noche por los alrededores de la Plaza de Armas me pareció a veces ver la silueta romántica del "Almirante" parada en una esquina, mirando pasar las cosas. Las cosas y los seres. Pero no se escucha ya su canto...

Luis Alberto Sánchez.

**AUTORÍA**

Sánchez, Luis Alberto, 1900-1994

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1951

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Augusto D'Halmar [artículo] Luis Alberto Sánchez. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)